Al revuelo de las faldas

Diego San José

Caminaban tres hidalgos al caer de una apacible tarde de agosto, muy repantigados en sendas mulas, orondas y bien lucidas, como si fuesen patrimonio de algún convento de frailes «jerónimos», por el camino que va desde la hidalga ciudad de Segovia a la muy noble y rica villa de Medina del Campo.

Como la temperatura era por todo extremo rigurosa durante las horas del día, preferían caminar después de que el sol se ocultara tras de la sierra vecina para irse a luminar la otra banda del planeta, aunque la noche se les echara encima, ya que en la inmensa bóveda del cielo habría de alumbrar la luna llena como una lámpara de plata.

Tras de los caballeros, en otros tantos machos no menos lucidos, iban tres espoliques, provisto cada uno de unas descomunales alforjas, rellenas de substanciosas y sólidas provisiones de boca, pues ya sabían por experiencia que las ventas y ventorros que están puestos a la margen de los caminos son lugares en los que puede practicarse muy estrechamente la penitencia de ayuno si tan inocentes son los viajeros que a la liberalidad del huésped se confían.

El viaje de los tres hidalgos, vecinos de la antiquísima ciudad de las libertades, era puramente recreativo, pues que iban a holgarse en la feria que por aquellos días se celebraba en aquel opulento rincón castellano, célebre en toda tierra segoviana por su famoso castillo y por el dorado trigo que en sus trojes encierra.

Se llamaban nuestros caballeros: el uno don Diego de Arellano, y era un acaudalado joyero que abría su lonja bajo los porches de la plaza Mayor; el otro, don Luis Casares, canónigo de la santa catedral, y el último, don Marcial de Campuzano, alférez licenciado de los ejércitos del Rey nuestro señor (que Dios guarde), que por el rigor de un fiero arcabuzazo que sufrió persiguiendo moriscos en las Alpujarras, que durante más de medio año le tuvo entre la vida y la muerte, tuvo que dejar el servicio de Su Majestad.

Todos tres, como hombres a quienes les va bien en la vida, pues aun el estropeado alférez, contra lo que por el entonces solía usarse en la milicia, tenía con que endulzar las horas amargas de su existencia, mostraban gentil humor y no mal ingenio.

Para distraer la ociosidad del camino, determinaron contar cada cual una página apicarada de su vida, que les sirviera a modo de aperitivo, para en llegando al término del viaje, darse un buen hartazgo de carne de falda.

Todos tres habían corrido mucho mundo, y así prometían sacar buen logro del arsenal de sus trasnochados recuerdos. Para mejor aguzar el ingenio dieron en el capricho de pagar una tarde al que contara la historia más divertida con la mejor moza que se despachara en el real de la feria medinesca.

El joyero don Diego, por ser el de más edad y el que dio en el buen humor de fundar aquella andante academia, fue el designado para romper marcha, y, tras de mondarse el garguero con un par de toses, comenzó su relación de esta suerte:

I

Han de saber vuesas mercedes, amigos de Dios y hermanos en Cristo, que siempre tuve yo y aún tengo, aunque bien conozco que por la fuerza de los años voy de capa caída, fama de hacer tan bien los menesteres de padre, que de haber embocado en los caminos del mundo en los bíblicos tiempos de Jacob e Isaac, hubiese podido blasonar sin desdoro junto a ellos de prolífico patriarca.

Mujer con la cual yo hable una sola vez «largo y tendido», ya puede tener por cosa cierta que de allí al tiempo justo que Natura tiene marcado para la recolección de esta clase de conversaciones le florecerá un Arellanito como unas perlas.

No quiero encarecerles mi virtud más que con decirles que unos tres o cuatro años que hubo escasez de nodrizas en Segovia, coincidió con mi ausencia por todo ese tiempo, a causa de un viaje que tuve que hacer a Italia.

Cuando regresé a la sombra del venerable Acueducto, de tal manera se me aumentó el trabajo, que estuve a dos dedos de irme a sembrar diablicos a los profundos infiernos.

Toda la ciudad supo esta gracia, y por ella me señalaban las gentes con el dedo, cuando me topaban en la calle, como caso prodigioso. Por otra parte, aunque no me esté bien el decirlo, porque se podría tomar a pretenciosa vanidad, me acompañaba muy bien mi bizarra estampa y gentil donaire.

Me retiraba la tarde de un domingo, a punta de noche, a mi posada, después de haber hecho muy bien lo que pude por aumentar el censo de los vecinos del barrio de San Millán, cuando al llegar a la casa de los Picos, sentí que desde una esquina me ceceaban. Volví la cabeza y oí que quien me llamaba era un hombre grave y ya entrado en años, con trazas de mayordomo de alguna casa principal. Cuando me tuvo junto a sí, me dijo con mucha cortesanía:

—Señor don Diego de Arellano, yo le conozco muy bien a vuesa merced, aunque vuesa merced no me conozca a mí, y como en el mundo estamos para servirnos los unos a los otros, pues por algo Nuestro Señor Jesucristo quiso que fuéramos hermanos, ha llegado la hora de que vuesa merced pueda hacerle un señaladísimo servicio a una gran familia, y de su hidalguía y hombría de bien espero que no rehúse esta merced, que puede hacer con tan poca cosa como dilatado gusto.

Le amonesté a que dijese presto y con las menos palabras posibles lo que quería de mí, a lo que replicó el honrado viejo:

—¿Vuesa merced quiere holgarse toda una noche con una buena moza, bizarra por todo extremo, de buenas partes, que es ángel en la calle y demonio en la cama, y sobre ello sacar de regalo doscientos ducados, que no le vendrán mal, ya que es hombre de pasarse la vida en continua diversión?

Yo, aunque en principio pensé que aquel hombre se me burlaba y quería reír a mi costa, tuve tentaciones de enviarle muy enhoramala, mas como vi tanta seriedad en su porte y tanto respeto en sus canas, quise seguir la aventura, y así le rogué que me dijera qué es lo que había que hacer para alcanzar tanta ventura, que allí me tenía dispuesto para la que fuese menester, aunque si en el negocio que me proponía deseaba que me portase tal como bueno, quedaría de perlas si lo aplazaba hasta el día siguiente.

Respondió que ello habría de ser en aquella misma noche y emprenderse luego.

Viendo que no se me concedía esta tregua, torné a ponerme en sus manos, y entonces me dijo que solo era precisa una condición indispensable, sin la cual no podría hacerse nada.

—¿Y es…? —pregunté.

—Que habréis de dejaros vendar los ojos y conduciros algo lejos de Segovia. Vendado habréis de gozar a vuestra dama, no porque no os espante de su fealdad, que yo os fío desde aquí que lo que no gocéis con la vista lo sacaréis de ventaja con las manos, pues la tal tiene a donde asirse, sino porque puede pasar muy bien como espumilla de la nobleza castellana.

Le entregué mi cabeza para que me vendara los ojos, y apenas lo hubo hecho, lanzó un breve silbido, a cuyo eco advertí que se acercaba un coche. Me tomó el hombre de la diestra y me hizo subir al carruaje.

Apenas nos hubimos acomodado en los mullidos asientos, emprendió su marcha la pesada máquina, caminando a buen paso, y de allí a poco el fresquillo libre, la tenue brisa del Eresma —tan arroyo aprendiz de río como el cortesano Manzanares—y el cierzo, jugando entre las hojas de los corpulentos árboles de la alameda, me hizo entender que habíamos salido de la ciudad.

Tan presto como estuvimos en pleno campo, me dijo el viejo barbado:

—Para que vuesa merced se explique un poco esta rara aventura, y sepa que solo va a ciegas en llevar los ojos vendados, le diré el cómo y porqué de este paso.

Procuré poner todos los sentidos en el del oído, a fin de no perder una sola palabra de cuantas me hablara, y comenzó su relación de esta suerte:

—La dama a quien va a tratar como cosa propia en deleitosa noche de bodas es una gentilísima hembra de veinticinco años, con quien Natura ha sido pródiga en abundancia; la causa por que se os pone a vuestra disposición es la de haber casado con hombre que si no le cede en jerarquía ni en buenas prendas morales (aunque esto pueda pareceros un tanto paradójico), por más ensayos que ha hecho, no está en disposición de que fructifiquen sus nombres en el campo del matrimonio, y ello es cosa esencialísima, pues el que su marido venga a cobrar una crecidísima herencia de un su abuelo, que no quiere que su estirpe se pierda, depende de que en el término de este año pueda darle un nieto.

El caprichudo viejo, que tanto por la fuerza de los años como por el rigor de los achaques está ya con un pie en el estribo para partirse al otro mundo, ha puesto en este tema tan decidido tesón, que dice que si él muere sin que su deseo se haya logrado pasará íntegra su fortuna, que es cuantiosa, a las inclusas de Segovia, Medina del Campo y Valladolid...

Más que asombrado quedé de esta desaprensión— siguió hablando el bueno de don Diego—, y tentado estuve de arrancarme la venda que me cubría los ojos y echarme abajo del coche, pero el diablo del hombre, que sin duda tuvo que adivinar la intención, asiéndome con una fuerza que no hacía esperar la mucha edad que representaba, exclamó, poniéndome en el pecho el cañón de una pistola:

—¡Señor mío, ya no es tiempo de volverse atrás, a menos que no queráis perder la vida, lo cual lograréis al menor intento que hagáis para escapar! ¡Nadie sabe nuestra partida de Segovia, y me será muy fácil el dejaros muerto en la cuneta del camino!

Y trocando la voz enérgica y amenazadora en blanda e insinuante, prosiguió diciéndome:

—Tan pronto como hayáis terminado vuestro «trabajo», se os pagará con la esplendidez que os he prometido, y se os quedará tan reconocido que vuestro nombre será el segundo de lo que Dios, por mediación vuestra, sea servido de traer a los caminos del mundo.

Y, sin duda, para hacerme boca, comenzó a describirme las perfecciones del molde en que tan a trasmano tendría que fundir una vida, que tengo para mí que, si al mismísimo san Antonio le

hubieran pintado los placeres de la carne pecadora tan minuciosamente, mucho recelo de que a la hora de esta no nos holgáramos con tenerle en los altares para alto ejemplo y verdadera devoción de las almas cristianas.

Esto acabó de persuadirme a dar cima a la caridad que se me pedía, y como dijera no sé qué de en cuanto la vieran mis ojos, me respondió el taimado viejo:

—El de la vista es el único sentido a quien le está vedado gozar de ella, pues habréis de permanecer cubierto todo el tiempo que estéis con su merced, y aun para que en ningún descuido podáis aprovecharos en el afán de verla, estará el aposento a obscuras, pero yo os doy fe de que todos los cuatro sentidos no habrán disfrutado nunca con tanta intensidad.

El fraile y el alférez, camaradas del joyero, iban tan pendientes de las palabras de este, que hasta la respiración contenían para que no se les escapara frase ni concepto, y como el cronista de sí mismo advirtiera el grande interés que mostraban sus compañeros, prosiguió el hilo de su deleitosa y extraña aventura.

* * *

El camino se hacía más largo de lo que yo pensaba. Hacía yo todo lo posible para orientarme por el oído, pero solo pude conocer que durante más de dos horas caminábamos a la margen del río, porque en todo ese tiempo no dejé de oír el agradable rumor del agua y de sentir el rocío que de sus claras ninfas se desprendía.

Al cabo de otro buen espacio, me pareció notar que entrábamos por medio de alguna frondosa alameda, entre cuyas ramas jugaba el vientecillo suavemente, teniendo por acompañamiento el monótono canto de los grillos y el croar de las ranas.

—Ya falta poco —dijo mi acompañante—, en un trotecillo corto habremos llegado, y verá vuesa merced como queda satisfecho de tanta molestia.

Me pareció, al fin, que entrábamos por una senda más arenosa y cuidada que el camino que habíamos llevado hasta entonces. El cochero lanzó un agudo silbido y oí como el chirriar de una verja al girar sobre mohosos goznes. Volvió a ponerse en marcha el pesado armatoste, que no tardó en detenerse.

Bajó el anciano y venerable «galeoto», y tomándome de la diestra, me advirtió que íbamos a subir por una escalera, la cual, por lo que pude observar por la amplitud de sus escalones, debía ser magnífica y corresponder a alguna bellísima quinta de recreación.

Me metió en una estancia, y sentándome ante una mesa, me dijo:

—Aunque el paseo no ha sido largo y menos incómodo, como la labor que vais a emprender requiere fuerzas, creo prudente que toméis alguna cosa.

Yo, como ya llevaba hecho el apetito a la promesa del manjar con que me lo había abierto, le dije cómo en el orden de los pecados capitales estaba puesto primero la lujuria que la gula, y así no era bien que nosotros, míseros pecadores, trocásemos las cosas que la Iglesia había enumerado tan sabiamente.

Me respondió que se haría como yo mandaba y conocía que era cierto, que después estaría mejor dispuesto para hacer la razón, y ayudándome a ponerme en pie y volviendo a tomarme la diestra, me condujo al lugar en donde me habían preparado el «tajo».

Un grato perfume vino a regalarme el sentido del olfato, olor a nardos, a benjuí y almizcle que se me entraba hasta los rincones del alma.

La voz del viejo no volvió por entonces a sonarme en los oídos. Abandonó su tutoría y me dejó a la merced de mi buena ventura. Advertí que la estancia estaba completamente a obscuras, porque a través de la apretada venda en que traía los ojos cautivos, no se filtraba la más leve claridad.

Una mano blanca y suave substituyó a aquella otra áspera y sarmentosa, que hasta un momento antes me había servido de guía. Me tomó sin que la boca de la dama cuya era pronunciase palabra, ni aun para darme la bienvenida, y me llevó a un mullido lecho.

Junto a mí, sentí el delicioso contacto de la carne moza y fresca que tenía suavidades de seda, pues ya que ver no me dejaban, y el hablar, aunque lo intenté, era inútil, porque no me respondían, confié a las manos que hicieran minuciosa inquisición de la persona que tenía al lado.

Los dedos, ávidos de explorar, tropezaron con una finísima bata, tras de la cual palpitaba la carne ardiente; palparon todo el contorno de la persona, y al cabo del placentero viaje, vinieron a dar sobre unos magníficos mullidos de carne, en los que se hundían los dedos con singular complacencia; la otra mano de la apetitosa incógnita atrajo mi cabeza hacia sí, que en todos los días de mi vida descansó sobre más soberbios cojines. Mis labios, hambrientos de la fruta que perdió a nuestro padre Adán en los vergeles del Paraíso, buscaban el botoncillo rosado, que es fuente de la vida y llavecilla mágica del jardín de Venus.

……

Acabé el «trabajo» y mi gentil favorecida, a la que me pesaba en el alma no poder gozar con los ojos como gocé con todos los demás sentidos, se apartó de mí y tocó una campanilla, a cuyo eco sentí abrirse una puerta; alguien entró en el aposento, y por un breve espacio, habló con la dama satisfecha; otra vez sentí sobre mí la presión de una mano que se disponía a guiarme por aquellos desconocidos lugares; pero, ¡ay!, que no era ya aquella suave y perfumada que hecha de nardos y rosas parecía, sino la áspera y sarmentosa del viejecillo alcahuete que me metió en tal aventura.

Me llevó al aposento en que poco antes me convidara con una opípara cena y me insistió de nuevo a que tomara alguna cosa.

Como entonces sí me sentía débil por la fuerza de la labor emprendida, le obedecí muy cumplidamente.

Él mismo me llevó a la mesa y me acercó al sillón; me sirvió después de maestresala y camarero, y como todavía insistió en que no llegase la luz a las ventanas de mis ojos, de sus mismas manos me trinchó la vianda, que era sabrosa y bien condimentada, y me partió el pan.

En verdad que no podrá decirse que así como deshice el honor de la misteriosa hembra no hice honor a la cena, que, aunque era abundante y por extremo exquisita, no hubo plato que no dejase vacío ni desprecié el rico vinillo que me pusieron para regar copiosamente tan sazonados manjares.

Mientras ponía tan oportuno y necesarísimo reparo a mis quebrantadas fuerzas, me habló el viejecillo de esta suerte:

—En verdad que habéis respondido a vuestra fama tal y como era de esperar. Si el remedio no surte el efecto apetecido, ciertamente que no se os podrá culpar con justicia. ¡Pocas veces he visto correr más jornadas en menos tiempo! En este bolsillo de ámbar —y me puso uno junto al plato— está el precio que por vuestro acabado menester os da el dueño y señor de esta casa, quedándoos

además agradecido en tal manera, que a la par del alma siente no poderos dar su nombre, que es de los más prestigiosos y respetados, no solamente en esta tierra, sino en toda Castilla.

Y como quiera que a este tiempo ya no había más que comer, me levantó de la mesa, y volviendo a asirme, emprendimos, de la misma manera que habíamos venido, la vuelta a Segovia.

En el jardín nos esperaba el coche que nos había traído, y ayudándome a subir en él, tan presto como estuvimos entrambos acomodados, dio orden de emprender la marcha...

* * *

Volvió el coche a rodar por el camino con toda la prisa posible, porque por lo que yo podía advertir por el fresquecillo que me daba en el rostro, ya la noche iba royéndole los zancajos al alba, y sin duda el contratista de mi virilidad tenía decidido empeño en despedirme antes de que tan lucida señora asomase su arrebolada faz por las acostumbradas ventanas del oriente.

Acaso pensando el hombre que ya la casa de sus amos —yo no podía persuadirme de que el buen viejo fuese otra cosa que sirviente de aquel desaprensivo matrimonio— estaba en vías de entrar rumbosa por las puertas de la abundancia, no hablaba palabra para distraerme la jornada de aquel paseo, que casi era un viaje, y en cuanto a mí, algo fatigado de la pasada carrera en tan fogosa cabalgadura, y abrumado por la digestión de la cena, entorné los ojos y me quedé dormido. De pronto, sentí que mi acompañante me zarandeó suavemente y me advirtió que habíamos llegado adonde era preciso que nos despidiésemos, pues él tenía que volverse sin pérdida de tiempo.

Abrió la portezuela del carruaje y dándome la mano me ayudó con mucha cortesía a ponerme en el suelo, y así como estuve en tierra me dijo:

—Estamos a la entrada de Segovia. Perdonad que, porque ya la ciudad comienza a desesperezarse y pueda haber alguien que a mí y a vos nos conozca, no os deje en el mismo sitio en que esta noche os encontrara. Fuerza es, pues, que os quedéis aquí, pero sin quitaros la venda hasta tanto que no advirtáis, por el ruido, que el coche se haya alejado del todo, y tened entendido que si contravenís este ruego no faltará quien luego os busque en la soledad de las tinieblas, y, aunque sea a traición —pues la necesidad justifica todos los extremos—, os envíe a contar este gran secreto en el otro mundo. Y ahora, Dios os guarde y os mantenga en tan buena salud como la de que habéis hecho gala esta noche.

Me quedé en mitad del camino, sin determinarme a desobedecer al viejo, no tanto porque podía ser cierto que en ello me fuera la vida, sino porque en buena ley de Dios antes que enojado le tenía que estar agradecido.

Cuando me pareció que el coche ya había desaparecido enteramente de aquellos lugares, me desaté la venda que durante tantas horas había llevado puesta y recibí con grande satisfacción la primera luz del día que venía a besarme en los ojos...

A este tiempo, calló el rico y afortunado joyero y esperó un breve espacio la impresión que su galana historia había hecho en el ánimo de sus camaradas, los cuales, de momento, no hablaron palabra, envidiosos, sin duda, de tan deleitosa suerte.

Viendo el tal de Arellano que el silencio se dilataba mucho, se movió, al fin, a pedir opinión.

—Y bien, señores, ¿qué tal les pareció mi singular e incógnita aventura?

—No está mal —dijo el fraile—, pero para juzgarla es menester oír a los demás, porque tal puede haber, que aunque esta vuestra sea en verdad muy digna de tomarse en cuenta, pueda sacar algunos tantos de ventaja, y, por ende, aspirar placenteros laureles del premio en llegando a Sepúlveda, que si va a decirse verdad, como tenéis grandes condiciones de narrador, nos has hecho la boca

agua; por lo menos hablo por mí, que si topara ahora con aquella hija de confesión, guapota y tetuda, que me consuela de mis penitencias, yo tengo por cierto que no lo hiciera sobre ella peor que vos sobre la bella malmaridada...

Todos asintieron y celebraron la añorante salida del buen siervo de Dios, y se dispusieron a seguir su camino con el placer que lo habían comenzado.

Le tocó hacer el gasto al alférez Campuzano, pues que el canónigo pidió reservarse para el último, alegando humildad por ser eclesiástico, y luego comenzó su relación de esta manera:

II

Señores míos, yo en buena hora lo diga, Dios me conserve el humor por muchos años, y vuesas mercedes lo vean, he sido un demonio que se ha mareado con el revuelo de las faldas como ellas estuvieran colgadas sobre bizarras «perchas».

De uno de estos tales mareos, me acaeció no hace muchos años, que jugando «inocentemente» a toma y daca con una gentil damisela, cuyo nombre no hace al caso, tan de veras quiso el diablo que lo hiciéramos una tarde, no más que con un par de horas de siesta, que de allí a poco me dijo la tal que fuera pensando el nombre que habíamos de poner a lo que naciera e hiciese diligencia de procurarme los papeles necesarios para llamarla mi mujer por palabras de presente, como manda la Santa Madre Iglesia.

Yo, que en lo de amar la libertad soy de la misma condición del pájaro, como oí de tan linda boca tales esperanzas, por quitarme de enojosas niñerías, miré en poner tierra de por medio, que siendo, como entonces era, simple soldado bajo las banderas de Su Majestad, y no teniendo para mantenerme yo, mal habría de componérmelas para echar sobre mis flaquísimas espaldas la carga de una familia.

Me despedí una noche tiernamente de mi confiada dama en el altar de su reja, y teniéndolo ya todo concertado con mi asistente en los primeros albores del nuevo día, me salí de la villa y corte de las Españas con rumbo a la ciudad de Zaragoza, en donde estaba mi compañía.

Caballero en un mediano cuatralbo que en sus verdes años, ya un poco distantes, no debió de ser mal ejemplar entre los de su raza, y mi asistente, que por el mal nombre de «Sabañón» atendía, en una detestable mula salimos por la puerta de «Alcalá», y parece que el bellaco había las mismas ansias que yo de dejarse atrás la noble villa de los «gatos», porque llevaba sacrificada en la cruz de sus calzones la honorabilidad de cierta ninfa del «Manzanares», que era un prodigio jabonando ropa en las verdes orillas del sediento río.

Más como entrañables camaradas que como amo y mozo, íbamos entrambos haciendo memoria de nuestras hazañas, y tales las celebrábamos como si fuesen laudables y meritorios hechos que decían mucho en elogio de nuestra hombría de bien.

Al filo del mediodía, llegamos a San Fernando de Jarama. Buscamos un lugar frondoso y apacible en aquellas geórgicas riberas y nos dispusimos a comer de lo que en las bien repletas alforjas traíamos prevenido, y que, dicho sea de paso, no era, ni mucho menos, para engañar el ayuno.

Tras del copioso yantar, ensayamos una siestecilla, y lo hicimos tan bien que no fue mucho no llegar a empalmarla con el sueño de la noche.

Tan presto como abrimos los ojos y ensilló el mozo las cabalgaduras, que habían disfrutado así de la libertad como de los abundantes pastos que en aquellos sitios se crían, saltando sobre los descansados animales, reanudamos a buen paso el viaje interrumpido.

Quería yo entrar en Alcalá antes de que la noche cerrase por entero.

Dimos en la ciudad doctora cuando sonaba en las parroquias, grave y pausado, el toque de ánimas.

Tomando por la calle Mayor, buscábamos el hospedaje de una posada, cuando cierto hidalgo, tras de mirarme y remirarme con enfadoso detenimiento al pasar junto a un santo retablo alumbrado por la mortecina luz de una lamparilla de aceite, se me acercó con muestras de mucho regocijo, exclamando:

—Pero, ¿es su merced el señor alférez Campuzano? Viéndole estoy, aunque de mala manera, por la triste agonía de esta luz, y casi lo pongo en duda.

Miraba yo, a mi vez, a aquel hombre, y bien puedo jurar en Dios y en mi ánima, que no caía en quien pudiera ser. Advirtiéndome él en tanta perplejidad, acudió a refrescarme la memoria con tales informes:

—¿No se recuerda vuesa merced de un tal don Román de la Vega, asiduo concurrente a la «mosquetería del Príncipe», las tardes de comedia, y a las «gradas» de San Felipe todas las mañanas?

Con tales señas vine a caer en quién era el encontradizo y me disculpé de lo lento que anduve en reconocerle. El bueno de don Román, hombre campechano e indulgente, me ayudó a tranquilizarme. En Madrid veía uno a tanta gente que no había manera de recordarse de todas las caras.

—Y ¿adónde bueno camina su merced por estos rincones —continuó preguntando Vega—, que a buen seguro que no vendrá a avecindarse en ellos?

Callándome el verdadero motivo que con tanta prisa me obligaba a huir de Madrid, le dije cómo iba a incorporarme a mi regimiento que estaba en Zaragoza, y dispuesto a hacerme los honores de forastero, me dijo:

—Por supuesto, señor Campuzano, que vuesa merced se quedará en mi casa si no quiere producirme una honda pesadumbre.

Protesté de que era enojosa molestia, arguyó el hombre que antes le daría satisfacción que enfado, ya que habría ocasión de recordar los ratos agradables pasados en las francachelas cortesanas con garridas comediantas y buenas mozas del partido. Por otra parte, alegaba mi buen don Román que las posadas que había en el pueblo eran detestables, buenas para arrieros y trajinantes, que no estaban hechos a refinamientos, pero no para hombres de calidad, y así, en su humilde choza —son las palabras de mi amigo—, mejor atendido estaría que por las manos mercenarias de la posadera, que era puerca, malhumorada y vieja.

Tanto, en fin, machacó el hombre en su tema hospitalario, que por no desairarle hube de aceptar su sincero ofrecimiento.

* * *

Don Román de la Vega prestaba su vecindad a la metrópoli del saber hispano, porque siendo la patria de su nacimiento, tenía en ella una regular hacienda que, a fin de atenderla mejor, pasábase allí algunas temporadas, y siendo como era gran andador, solía darse grandes paseos hasta los pueblos circunvecinos.

Llegamos, por fin, a la casa de mi amigo.

Era un caserón amplio y viejísimo, aunque muy bien conservado. Gran portalada, soberbias rejas que hacían labor de orfebre el arte de la fragua, anchuroso zaguán y amplia escalera de barandal encalado.

Un mozo que había arrimado al portón se adelantó tan presto como vio aparecer a su amo, y tomando del cabestro las caballerías dio con ellas en la cuadra.

Comenzó a dar voces el hidalgo llamando a Leonarda, Inés y Eugenia, y como traídas por el eco de tales nombres fueron apareciendo por distintos sitios tres bizarras hembras.

La que por Leonarda atendía era una gentil matrona que estaba en el pleno otoño de su vida. Inés era una hermosa mujer que, aunque algo más moza que la primera, no la llevaría muchos años a la zaga, y la que respondió por Eugenia, una rolliza muchacha, flor de la campiña alcarreña y honra de las *mozas de cántaro y del río*, como aquella que tan bien cantó la musa siempre galante y lozana de Lope de Vega.

Mi amigo, que era un tanto socarrón y de buen genio, fue presentándome a tan buenas hembras por orden de edad y jerarquía.

—Leonarda, mi hermana, viuda y en estado de merecer, si no tuviese en su carácter más espinas que aromas.

La «favorecida» dio un respingo, y moviendo pomposamente el ancho mundo de sus amplias caderas, desapareció por la primera puerta que halló a mano.

—Inés, sobrina mía y de esa aliaga que salió echando chispas. Ya la va llamando la iglesia.

La aludida hizo un gracioso mohín, y dijo:

—El tío siempre tiene ganas de chanza.

Bajó los ojos y se estuvo queda.

—Eugenia —prosiguió el hidalgo—, «la más bella moza de nuestro lugar», como dijo Góngora; alegre, de aguante para la tarea diaria, aunque algo voluntariosa y amiga de hacer su gusto.

La moza también se quedaba, y hubo de decirla su amo que tendríamos mucho gusto en saber de las artes culinarias de las tres gracias para que las rezagadas se partieran a disponer lo necesario.

Buenísima impresión me hicieron desde el primer momento aquellos tres hermosos ejemplares de mujer, y no pude por menos de manifestárselo a mi huésped, el cual, en nombre de las elogiadas, me lo agradeció con la misma zumba y gracejo que había hecho la presentación.

* * *

Cuando la cena estuvo lista, nos sentamos en torno de una limpia y bien aderezada mesa, don Román, su hermana, su sobrina y yo.

Servían el yantar, bien compuesto, a usanza de buena casa de Castilla, la moza Eugenia, ayudada de mi asistente «Sabañón».

Don Román se ocupaba poco de las mujeres y no hacía más que pedirme noticias de la Corte; se las di, y tan cumplidas como su merced deseaba, aunque sin dejar tampoco, por acudir a este menester, de hacer lo más grata posible, con cuentecillos y amenidades, la atención de las damas.

Cuando no hablaba, me entretenía con mirar de través a la espléndida tía, a la apetitosa sobrina y aun a la moza, y casi siempre que las asaeteaba me encontraba con los ojos de ellas, que tampoco, solapadamente, dejaban de mirarme.

Se acabó la cena, y por hacer algo más de tiempo hasta el momento de recogernos, ya que la temperatura era agradable por extremo, nos sentamos en un corredor alto, desde donde, a favor de la clara luz del cielo, se veía la vega casi como de día.

Todo era paz y sosiego por aquella parte en que la ciudad doctora se asoma a la campiña. De vez en vez, el ladrido de algún perro guardián inquietaba el silencio de la noche y también llegaban los armónicos ecos de las guitarras y coplas, que, como ofrendas de amor, quedaban en las floridas rejas de las novias complutenses.

Continuaba la charla, aunque bastante desvaída y con poco interés en los temas: si la temperatura traería por cabo una de las mejores cosechas que se habían logrado en mucho tiempo; si ya no estaban como antes la vida y las costumbres; si era cierto que la fundación de Cisneros daba pingües ganancias a la ciudad, no era menos indudable que el buen humor de los estudiantes traía intranquila a la gente, por cuanto no había moza en paz, padre ni marido sin riesgo de la honra y ama de hospedajes sin más deudas que necesidades.

Sonó una hora en un reloj cercano, y cuando se esfumó en los ámbitos del eco la última campanada, se alzó mi amigo de su asiento y dijo:

—Ya parece que «Fernandillo» llega con prisa y nos llama... Vamos a buscarle para que no se enoje.

Y se dio por terminada la tertulia.

Yo me encaminé al aposento que me tenían destinado, hasta cuya puerta me acompañó la bellísima Inés.

Como hubimos llegado al aposento, se quedó Inesica en el umbral, y, dándome la vela, que llevaba en su diestra, se me despidió graciosamente, diciéndome:

—¡Hasta mañana, si Dios quiere! Que su merced descanse. Si hubiere menester de alguna cosa durante la noche no tiene más que llamar.

Hizo un gracioso mohín y volvió sobre sus pasos.

Ciertamente que la amplia y limpísima estancia convidaba de por sí sola al placentero reposo.

Toda ella estaba vestida de blanco, así las fundas de las sillas como las cortinas de la puerta, los balcones y los cobertores de la mullida cama, sobre cuyo ancho campo de plumas podían retozar muy bien dos matrimonios primerizos.

En verdad que me pesaba del buen acogimiento que me hacía el hidalgo de Alcalá, porque de no ser así, yo hubiese puesto sitio a alguna de aquellas formidables fortalezas y aun, si mucho me apuraran, a las tres a un mismo tiempo.

Con tal pesadumbre, me metí en la cama, y después de entretenerme un buen espacio leyendo algunos capítulos del «Buscón», de Quevedo, libro que nunca me falta, y aun en todos los viajes me sirve de agradable camarada, apagué la luz y traté de dormirme.

Comenzaba a entrarme por las deleitosas veredas del sueño, cuando advertí, con no poca sorpresa, que la puerta del cuarto se abría con gran cautela, procurando hacer el menos ruido posible.

No las tuve todas conmigo y temí que fuera algún facineroso.

Creyéndome en sitio seguro, donde no había que temer peligro alguno, no había tenido la previsión de poner las armas al alcance de la mano.

Pregunté:

—¿Quién va a allá?

No me respondieron, pero la puerta se abrió algún poco más, lo estrictamente preciso para que pasase una persona, y cerrando con el mismo cuidado, de manera que nada pudiese advertir el oído más afinado, se deslizó en la estancia una especie de fantasma, que, poniéndome una suave mano en los labios, me invitó a callar, y sin hablarme palabra se me metió en el lecho.

Cómo advertí el delicioso contacto de una carne femenina, me guardé muy bien de pedir auxilio, pues para luchar con un tan dulce enemigo, me sentía con fuerzas suficientes. Aunque con frases, que más eran suspiros que palabras, hacía por averiguar quién era la visita, nada me respondieron, y atenta la interesada a cumplir su deseo de que tan buen galán como yo era no durmiera solo, curaba de portarse tal como buena.

Desistí al cabo el indagatorio para tiempo más propicio y me dejé hacer...

……

Cuando desperté, ya era día claro y con sol por medio mundo. Llamé al bellacuelo de «Sabañón» y le pedí de vestir. En tanto que me ponía las calzas y hacía diligencia de atacarme los calzones, le pregunté qué tal había pasado la noche, entendiendo que en aquel lugar era uso el pasar las horas destinadas al sueño tan placenteramente como a mí se me había ofrecido.

Me respondió el mozo que ni mejor ni peor que en cualquiera otra parte, pues ya sabía que él era hombre que a todo se allanaba, y, en teniendo sueño, tanto débasele de dormir sobre el más mullido colchón de plumas, bajo el techo de la alcoba más suntuosa, como en la dura tierra a campo raso...

—¿De suerte —volví a decirle— que nada te ha turbado el dormir ni has tenido pesadilla buena ni mala durante toda la noche?

—Como un santo, señor; he dormido de un tirón, sin que ni aun el calor me haya inquietado, porque la ventana de mi estancia da a la huerta y tiene por compadre ese riachuelo que pasa por las afueras del pueblo —me replicó «Sabañón».

La curiosidad no me dejaba vivir.

En aquella casa no había más que tres mujeres, y todas tres tan lozanas como tres rosas. ¿Cuál de ellas habría hecho la galante caridad de darme durante toda la noche el perfume de su belleza por donde el pecado hace el mejor camino?

Tomé el almuerzo servido por mi mismo lacayo, pues ninguna de las tres mujeres se hallaba en la casa.

Parece que aquella mañana se celebraba en la iglesia magistral unas solemnes exequias por uno de los ricachones de Alcalá, y todos los vecinos se hallaban haciendo el esfuerzo de su piedad para que a aquel honrado paisano se le abrieran de par en par las codiciadas puertas del Cielo.

Cuando ya el profundísimo canjilón de chocolate se hallaba en las postrimerías, llegó mi huésped, y después de pretender enterarse de cómo había pasado la noche, me propuso dar un paseo hasta una huerta próxima que había a la entrada de la ciudad, y allí estuvimos hasta la hora de comer, cuando dimos la vuelta en busca de la sabrosa olla castellana.

Contemplando yo a mi paso por las calles el buen rejo de las nietas de «Maritornes» y de tal cual hija de Celestina, traía a la memoria las paretadas carnes que tan buena noche me dieran y me deleitaba en compararlas a través de las sayas con aquellas otras que maceré desnudas y ardientes.

Y con estos pensamientos dimos en la casa, que, por dar gusto a un mismo tiempo al buen apetito que con el paseíllo se había despertado en don Román, y al recuerdo de mi placentera velada, trascendía a olla podrida y a carne de mujer.

Yo apenas si hice honor a la suculenta comida.

Todo el tiempo que duró el copioso yantar, lo llevé escudriñando los rostros de las tres buenas mozas por ver si lograba averiguar cuál de ellas fue mi caritativa compañera; pero la adivinanza era poco menos que imposible de lograr, porque las esfinges más herméticas no mostraron menos en sus rostros la impresión de los espíritus; la voz de cada una no podía ayudarme en nada para poner en claro el deleitoso misterio, porque la hermosa incógnita no tuvo a bien despegar los labios, sino para cuajar en suspiros la miel del placer.

Las tres me trataban con la indiferente cortesía que hasta entonces habían empleado para agasajarme.

¡Si yo hubiera podido encomendar al tacto el pleito de tan angustiosa incertidumbre!...

Ni un gesto ni una palabra de doble sentido qué pudiera orientarme en mis investigaciones...

Doña Leonarda habló de no recuerdo qué rogativas que iban a celebrarse en honra de San Isidro para que abriese las cataratas del Cielo, pues la sequía era tan pertinaz, que, de no llover en lo que faltaba de mes, se perdería toda la cosecha.

—¡Campo que no se riega, aunque esté lozano y fértil, presto se mustia y resquebraja, y deja de ser recreo y encanto de los ojos! —exclamó la hermosa matrona.

Por esta consideración, dicha casi en el tono solemne de una sentencia apocalíptica, pensé si no sería su bizarra merced el alma de aquellas deliciosas tinieblas, mas también a este tiempo comentó la linda sobrina el saborcillo fuerte del chorizo, diciendo:

—¡Denme agua, que me quite este picor que me abrasa!

Y como hubo bebido, prosiguió:

—¡Dios sea loado, que cuando pica una cosa no hay placer como el de rascarla!

Miré de reojo y pensé para mi coleto:

«¿No serás tú el sarpullido que yo consolé anoche?».

Y cuando, por advertir cierto ruborcillo en la linda faz de la muchacha, comenzaba a creer que ella fue la de la buena noche, entró la moza alcarreña, a quien no había visto hasta entonces, y, como en los pueblos hay llaneza para todo, me dijo por vía de saludo:

—¿Qué tal se descansó? Hasta muy tarde estuvo despierto su merced. Sin duda que alguna pulga no le dejó dormir.

—Dios me las dé tamañas como las que me mortificaron —no pude por menos de responderla, al mismo tiempo que atarazaba con los ojos a la hermosa fregona, para observar qué le hacían mis palabras, pero su buen rostro no se conmovió con el más leve gesto.

Recogió unos platos y fuese con ellos camino de la cocina, de donde no tardó en volver con una suculenta fuente de palominos aderezados en pepitoria.

Mi huésped llegó a percatarse de que me embargaba alguna preocupación, y pensando que acaso fuese nostalgia de la corte, me dijo:

—Señor alférez Campuzano: esta es su casa, y cuanto hay en ella es como si fuera suyo, pero no fuerce la voluntad ni aun por cortesía. Cuando se le haga enojosa la estancia me dice lisa y llanamente: «Amigo, ya me cansé de reposo; siento ganas de estirar las piernas; ¡adiós, que me mudo!». Me da un abrazo, si es que de él me estima merecedor, y se va a su ventura.

Me disculpé como bien pude, y dije que, en efecto, no por cansado de aquella vida, sino por necesidad de estar en Zaragoza de allí a dos días, partiría aquella misma tarde.

—Mas prométame que cuando retorne a Madrid, ha de quedarse en Alcalá una semana por lo menos —dijo don Román.

Antes de responder, miré de través a la tía y a la sobrina, y en ninguna de las dos pude observar la más ligera alteración; entrambas estaban muy entretenidas haciendo honor a los palominos.

La moza, con unos zorros de papel, atendía a espantar las moscas que molestaban harto, y se posaban sobre los platos de dulce y los canastillos de fruta.

Al caer la tarde, para caminar con la fresca, fue la partida.

«Sabañón» previno muy bien los repuestos para la jornada.

Yo esperaba que, en el momento de la despedida, en que siempre se dejan escapar las emociones por corto que sea el viaje y por poco que háyanse tratado los que se separan, como hayan simpatizado, me daría ocasión para descubrir a mi dama de una noche.

Todos de la casa salieron a despedirme hasta la puerta de la calle. Aquel creía yo que era el momento preciso para salir de mis angustiosas dudas.

Fui dando la mano a la señora Leonarda, a Inés y a la moza Eugenia. Todas estrecharon la mía casi con frialdad. A los ojos no asomó ningún barrunto de lágrima ni en los rostros se pintó una sombra de emoción.

Apreté los talones al cuartago, y seguido de mi asistente y camarada, salí de Alcalá pensando y aun diciendo a media voz:

«¿Cuál de las tres?».

* * *

No pareció mal la incógnita aventura del alférez a los otros caminantes, pero se tuvo por un tanto delicada dentro de la picardía que le daba forma, pues lo que deseaban sus mercedes eran recios aperitivos que les dispusiera el apetito carnal, que, como gente holgona, bien nutrida y sin grandes inquietudes de espíritu, en todo tiempo y a cualquier hora tenían el ánimo dispuesto para hacer cuanto estuviera de su parte para que no se acabe el mundo.

Como a este tiempo, el ejercicio del paseo, aunque hecho sobre pies ajenos, les había excitado el apetito, se determinaron a tomar alguna cosa del repuesto que llevaban, y así lo hicieron, apartándose un poco del camino hacia un fresco arroyo que por entre unos frondosos álamos corría.

Engullidos que fueron los primeros bocados de sustancioso yantar, el canónigo segoviano puso la contribución de su ingenio al juicio de sus camaradas, y comenzó de esta manera el cuento de su aventura, real o imaginada, que en esto no se entromete el modesto cronista que ha tomado este trabajo en los puntos de su pluma.

III

Mi iniciación eclesiástica, sepan los que me oyen, tuvo lugar en Toledo, donde, como estaba muy bienquisto entre clérigos y seglares por mi parentesco con el deán de aquella santa iglesia mayor, me daba tan buena vida como la que al tiempo de ahora conocen vuesas mercedes.

Mozo de no mala estampa y con un buen pasar, la vieja corte de Castilla era para mí bien poco menos que un paraíso terrenal.

En la reja de mi confesionario, entre las aburridas e inevitables viejas beatas que es forzoso sufrir por el bien parecer, se prendían, como moscas en el almíbar, las mejores mozas que ilustraban la imperial ciudad, desde Zocodover hasta las márgenes del caudaloso Tajo.

Como toda la clerecía era de mi mismo parecer, no parecía yo garbanzo negro que descompusiera la olla, que comíamos en franca camaradería desde mi buen tío —aunque por lo mucho que corrió estaba para pocas carreras—, hasta el último monaguillo del más humilde monasterio.

De entre tanto padre de almas y criaturas como formaban la población eclesiástica de la antiquísima urbe, únicamente había un varón justo y recto que practicaba al pie de la letra la virtud y austeridad que Cristo tiene mandado a sus ministros.

Se llamaba el tal don Ramón Heredero, y tanto su estrecha abstinencia como la cortedad de su genio le hacían avanzar harto poco en su carrera; siendo gran teólogo, excelente humanista y elocuentísimo predicador.

Nunca hubo manera de complicarle en las francachelas que celebrábamos la gente de sotana y hábito.

Estoy por asegurar que el buen señor no conocía de todo Toledo más camino que el que mediaba entre su casa y la catedral, en donde decía la misa de alba. Concluido este piadoso menester, se recogía a su pobrísimo estudio, y, entre trabajos y penitencias, pasábase todas las horas del día, y aun sospecho que no pocas de las de la noche. En cambio, como digo, los demás ensotanados hacíamos cuanto estaba de nuestra parte para cumplir aquella humanitaria máxima de Jesús que dice: «Creced y multiplicaos», y lo hacíamos tan bien, que, en cierto modo, podía justificarse el dicho de aquel zagalillo que habiéndole preguntado cuyo era su padre, respondió: «¡Mire, señor, que no lo sé; porque en Toledo casi todos somos hijos de cura!».

Fuera de que cada cual tuviera su moza sobre la que hacer penitencia, como las mancebías públicas solían estar bien surtidas de «carne de falda», no nos recatábamos de darnos nuestros hartazgos, como quien teniendo buenos mantenimientos en su posada no deja de acudir a las hosterías en donde sabe que se guisan ciertos platos especiales.

Pero acaeció, para nuestra desdicha, que tanto trascendió la rijosidad clerical, que el Primado, aunque tampoco dejaba de «echar su cuarto a espadas», se creyó en el caso de poner un freno a nuestra excesiva libertad y nos prohibió resueltamente que hiciéramos «trabajos extraordinarios» fuera de nuestros respectivos domicilios.

Mucho nos pesó de este rigor de su eminencia, y que no teníamos más remedio que cumplir, porque era hombre enérgico, que de ninguna suerte toleraba que sus determinaciones quedasen incumplidas, pues hubiera sido capaz de retirar definitivamente las licencias a quien se atreviera a pasarse sus órdenes por donde gustaba de pasarse las buenas mozas.

Se acrecentaba nuestra pesadumbre con pensar que se nos había cerrado la entrada en la mejor manfla de Toledo, que estaba en la Cuesta del Alcázar, en donde, entre muy buenas maestras del pecado, había una tal Marina «La Bargueña» que malos años para aquella famosa y «lozana andaluza» que revolvió Roma en los tiempos del César.

Mas he aquí, que para todo hay remedio en el mundo, si no es para la muerte.

Andábamos todos mirando como burlar al arzobispo, y nadie daba con ello, cuando, al amparo de la propia virtud, vine yo a encontrar la satisfacción del pecado.

Estábamos unos cuantos camaradas en la sacristía de Santo Domingo, lamentándonos de la abstinencia a que estábamos condenados, cuando entró no sé quién diciendo que don Ramón Heredero estaba enfermo, y en tan afretado trance, por la absoluta falta de recursos, que, de no remitirle algún socorro, luego podría darse por cosa cierta que antes había de morir de hambre que de la dolencia que sufría.

—Pues ¿en dónde vive ese bendito de Dios? —pregunté.

Y me respondieron que en infecto zaquizamí de la calle del Hombre de Palo.

—Deber nuestro es el aliviar su angustiosa situación, y quien sabe si con la suya remediaremos la nuestra —dije.

Y salí con propósito de visitar al infeliz, sin dejar de dar vueltas en mi mente a cierto proyecto que habría de hacernos volver a las «ollas de Egipto».

En efecto, el virtuoso y sapientísimo sacerdote estaba en la más desesperada situación de que puede tenerse idea.

Como le vi tan descaecido como mal cuidado, pues solo le atendía una vieja beata que pedía para las ánimas en las monjitas de San Juan de la Penitencia, le dije:

—Mi señor don Ramón: el mal que tiene vuesa merced no me parece grave, pero sí de cuidado, y en esta pobreza no es posible atenderle como se ha menester. Sus compañeros de sacerdocio tenemos la misericordiosa obligación de no dejarle en este desamparo, de suerte que le vamos a cambiar de domicilio. ¿Qué le parecería un cuarto alegre y bien ventilado en una casa céntrica, por ejemplo, en la Cuesta del Alcázar?

El hombre era de tan buena pasta y conocía ser cierto que en aquel desamparo la enfermedad que le aquejaba no haría progresos si no era para llevarle al sepulcro, que dio por buenos mis ofrecimientos «desinteresados», y en aquella misma tarde quedó su merced instalado en un confortable cuarto de aquella casilla en donde se despachaba tan placenteramente Marina «La Bargueña», nata y flor de las buenas daifas toledanas.

Y el señor Heredero, que nunca había recibido visitas en su desmantelado aposentamiento, desde el día de su instalación en la nueva vivienda, tuvo tantas audiencias como el Arzobispo Cardenal, pero después de cumplida por sus camaradas aquella loable obra de misericordia, en la que bueno será decir que, por no molestar mucho al enfermo, ninguno se detenía con él arriba de diez minutos, cruzando por un angosto pasadizo daban en los deleitosos feudos de las mozas del partido...

De modo tan sencillo era burlada por sus subalternos la primera dignidad eclesiástica de las Españas.

* * *

Calló el clérigo don Luis, y sus oyentes celebraron la aventura.

La compararon con las referidas anteriormente, y después de un maduro examen, convinieron en que, aunque las tres historias eran divertidas y contaban notables enseñanzas para honrar debidamente el pecado por dónde venimos y solemos irnos del mundo, ninguna de todas tres tenía méritos bastantes para merecer el premio que habría de cobrarse en llegando a Medina; se declaró

desierto—como ahora se acostumbra a hacer en los concursos literarios— y se convino que se hicieran ejercicios prácticos con buenos textos femeniles, y ya se miraría a averiguar la aplicación que mostrara cada uno, pues que tiene razón aquel sabio adagio que dice: «Una cosa es predicar y otra dar trigo»...